

RECURSOS COALICIÓN

Descanso en Dios:

31 REFLEXIONES DIARIAS PARA RECORDAR
EL EVANGELIO



Descanso en Dios:

31 reflexiones diarias para recordar el evangelio

© 2020 Coalición por el Evangelio

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas Copyright © 2005 por The Lockman Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de Coalición por el Evangelio. Escanear, subir, distribuir o vender este libro por Internet o por cualquier otro medio impreso o digital es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Coalición por el Evangelio
coalicion@thegospelcoalition.org
www.coalicionporelevangelio.org

Prefacio de los editores

“Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad” (Jn. 17:17). Estas palabras de Jesús, en Su oración por Sus discípulos y nosotros antes de la crucifixión, nos hablan de la importancia de vivir profundizando en la Palabra. Dios nos santifica por medio de ella para que cada día seamos más como Jesús. Esto es algo que necesitamos desesperadamente en medio de un mundo caído como el nuestro, tal y como la pandemia del 2020 nos recordó a gritos.

El equipo de Coalición por el Evangelio ha querido presentar esta selección de algunos de los cientos de devocionales escritos por Juan Gómez a lo largo de los años y publicados en nuestro sitio web. Estas reflexiones breves han sido de edificación para miles de creyentes y oramos que puedan serlo también en tu vida, llevándote a recordar más el evangelio y meditar en la Palabra que Dios usa para llevarnos a descansar más en Él y vivir para Él.

El equipo editorial de TGC: Coalición,
Diciembre 2020

Prefacio del autor

El 2021 presenta un “interesante” comienzo de año. ¿Quién se hubiera imaginado el tipo de año 2020 que íbamos a experimentar alrededor del mundo? Prácticamente cada aspecto de nuestra vida ha sido afectado de alguna manera por la pandemia, incluyendo nuestra vida de fe.

No solo las reuniones dominicales de las iglesias han sido limitadas en muchos países, sino también todas aquellas otras reuniones de ministerios, de damas, jóvenes o niños, además de conferencias o conciertos. Damos gracias a Dios por todas las maneras en que Él provee para ayudarnos en nuestro caminar de fe, no solo en la iglesia local y sus ministerios imprescindibles para el discipulado, sino también por otros ministerios que nos animan y son de mucha bendición. Sin embargo, si la totalidad de nuestra espiritualidad depende de lo mencionado hasta ahora, creo que tenemos un problema. La verdad es que no hay nada como la bendición de experimentar en una forma personal las sorpresas que nuestro buen Padre Celestial preparó para nuestro propio tiempo de meditación en Su Palabra y de comunión con Él.

Es cierto que en el 2020 todos, en algún momento, nos hemos sentido desorientados, desanimados, y estresados. Pero si esto de alguna manera no nos ha ayudado también a ver cuánto necesitamos y dependemos de Dios, cuánto necesitamos de los hermanos y nuevas áreas de necesidad de arrepentimiento y fe en nuestra vida, entonces estamos perdiendo una

oportunidad para profundizar en nuestra vida espiritual.

Por eso oro para que estas pequeñas reflexiones devocionales personales te animen en esta aventura de ir por la vida no solo con una consciencia de Dios y su obra en nuestra vida y alrededor, sino también creciendo en gozosa dependencia de Él, aún en medio de la realidad de este mundo incierto. Y que no solo puedan ayudarte en el 2021, sino que también puedas volver a ellas en el futuro para recordarte el evangelio de nuestra salvación. No somos huérfanos. Podemos descansar en la amorosa y fiel dirección de nuestro buen Padre Celestial.

Tu compañero de camino,

Juan Marcos Gómez,
Diciembre 2020

1. Aferrarnos

“... el cual, aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse”, Filipenses 2:6.

¡A cuántas cosas nos aferramos en esta vida! Quizá sea por el esfuerzo que nos ha tomado alcanzarlas o por el beneficio que creemos nos darán en el futuro. Son cosas que hemos llegado a considerar como de suprema importancia por alguna u otra razón.

Cuando nuestra mente y corazón llegan a aferrarse a cosas, las protegemos con nuestros recursos, con nuestra energía, y con la vida misma. Nos preocupa su reputación y la nuestra, por lo que las defendemos a capa y espada cuando sentimos que son atacadas. Las protegemos cuando las vemos amenazadas y castigamos a aquellos que se atreven a cuestionarnos. Nuestros sentimientos de ira y enojo revelan el control que tienen sobre nuestras vidas, su lugar en nuestro corazón y afectos.

No son necesariamente cosas malas, pero han llegado a ser demasiado importantes. Reinan en cada decisión que tomamos y afectan cada dinámica interpersonal. Son causantes, a fin de cuentas, de cada conflicto. Nos aferramos a ellas con todas nuestras fuerzas y corazón pues fuimos creados así. Necesitamos de otras cosas fuera de nosotros que nos den valor y propósito en la vida. No lo podemos evitar.

Sin embargo, nuestra necesidad mayor como criaturas es tener una conexión real con nuestro Creador y con Sus propósitos. Cuando no podemos, inevitablemente buscaremos llenar ese hueco con algo o alguien más. Nuestro trabajo, educación, salud, familia, y la vida misma son muy importantes, pero si han tomado un lugar supremo en nuestra vida, hay un problema. Arruinamos estas cosas y relaciones cuando les ponemos esa expectativa de que nos den el significado, la satisfacción, y la seguridad que solo Dios puede dar.

Jesús no se aferró a Sus derechos y privilegios como Hijo de Dios, no los estimó como supremos. Estimar no solo nos da la idea de “considerar”, sino también de “amar”. Por amor, más bien y sin dejar de ser completamente Dios, Jesús tomó “forma de siervo” para encarnarse y obedientemente humillarse hasta la cruz para llevar a cabo Su misión de redención.

Las buenas noticias son que, gracias a esta gran obra de amor de nuestro Señor Jesucristo, en nuestro favor y en nuestro lugar, podemos reconocer esta continua lucha de nuestro corazón, examinar nuestros sentimientos para ver lo que nos revelan de lo que lo atan, y continuar rindiendo con manos abiertas toda área de nuestra vida a Él y a Sus gloriosos propósitos divinos.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

2. Dignidad

“Pues si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos. Por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos”, Romanos 14:8.

En estos días hablamos mucho de la dignidad humana, y así debe de ser porque lamentablemente a lo largo de la historia, y aún en la actualidad, en muchas partes del mundo los derechos humanos son violados impunemente. La imagen de Dios en cada uno de nosotros es una evidencia de Su gracia. Nos conduce a trabajar en favor de la dignidad del ser humano, para asegurarnos de que sus derechos fundamentales sean respetados independientemente de las fronteras, la edad, el estrato social, o la situación económica.

Sin embargo, aún este buen valor puede llegar a tomar un lugar supremo en nuestras vidas. Por ejemplo, el deseo de vivir con dignidad –y también de morir con dignidad– ha llevado a nuestra sociedad contemporánea a extremos lamentables, hasta el punto de hablar sobre el valor de la vida después del nacimiento y no antes, ¡cuando en realidad debería ser considerada como valiosa en ambos casos!

Así también, el querer vivir y morir con dignidad nos lleva a evitar el sufrimiento a toda costa. Por dignidad, no queremos que se nos vea sufriendo. Por dignidad, si hay una enfermedad, preferimos aislarnos del resto de la gente. Y si es una enfermedad terminal, esto se acentúa aún más, de modo que solo se recuerde la mejor versión de nosotros mismos. “No queremos causar lástima”, pensamos. Sin embargo, para aquellos que hemos experimentado la gracia de Dios, hay un valor más alto que nuestra propia dignidad, y es este: la gloria de Dios.

Debemos estar conscientes de que la dignidad misma puede convertirse en nuestro mayor orgullo. Por eso es una bendición poder ver a una persona sufrir o incluso morir, abrazando un tesoro más grande que su propia dignidad. Es de gran impacto ver a una persona que rinde su dignidad como una ofrenda a Dios, mostrándose vulnerable y dependiente, siendo sostenido y definido por la gracia de Dios, y no por su condición.

Muchas veces vemos la gracia de Dios no solo como un regalo Suyo en nuestras vidas, sino como algo que suplementa nuestro propio sentido de fortaleza e independencia. En lugar de eso, la gracia de Dios nos transforma cuando nos vemos a nosotros mismos como irremediabilmente dependientes, necesitados, desesperanzados, y en bancarrota espiritual, moral, y física.

Somos llamados a trabajar a favor del prójimo y por su dignidad y propias decisiones, pero las buenas noticias para ti y para mí son que, gracias a la obra de nuestro Señor Jesucristo a nuestro favor y en nuestro lugar, los peores momentos de nuestra vida y de mayor fragilidad humana pueden convertirse también en oportunidades para dar testimonio de Su gracia. Cuando mostramos que nuestra dignidad no es definida por nuestra autosuficiencia, sino que está fundamentada en nuestra relación con Dios, tenemos libertad. Por Su gracia, rendimos nuestra dignidad ante Dios para Su gloria y la bendición de otros.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

3. Amanecer

“Oh Señor, de mañana oirás mi voz; de mañana presentaré mi oración a ti, y con ansias esperaré”, Salmos 5:3

Hay algo especial en esas primeras horas de la mañana y al amanecer. Independientemente de cómo haya sido el día anterior, de las cosas que nos abruman, de los pensamientos e ideas que hayamos tenido. Si dormimos bien, todo se siente diferente.

Lo más probable es que no haya cambiado absolutamente nada de la noche a la mañana, pero de alguna manera nosotros hayamos sido los que hemos cambiado. Las cosas ya no parecen tan oscuras, las opciones parecen más prometedoras; nos sentimos más optimistas, más seguros, y con más esperanza. Esto es un regalo y bendición de Dios cada día y para nosotros como Sus hijos.

Esta mañana, al salir el sol, oía a un pajarito empezar a cantar. Pensaba que era como si estuviera contento y diciendo a su manera: “Lo sabía, Dios lo ha hecho otra vez. ¡Sabía que a pesar de la noche oscura y fría, Él iba a darnos otra mañana, otro día, otra muestra de Su gracia!”. Eso traía descanso, gozo, y esperanza a mi alma. Era una oportunidad para comenzar bien el día, descansando en Su obra perfecta y suficiente en nuestro favor.

Descansamos al saber que somos amados, perdonados, aceptados, y completos en Él. Descansamos de querer ganarnos, a través de nuestras obras e intenciones, Su atención, Su favor, y Su amor. Descansamos para después irnos a trabajar, ¡pero libres!

Es una bendición el presentarnos así ante el Padre y recordar que somos Suyos; el tomar el tiempo para considerar y agradecer Su obra en nuestra vida, de poder darle gracias, de poder meditar en las verdades de Su Palabra, y de poder entonces, con una sonrisa, levantarnos cantando también y diciendo: “Lo sabía, Dios lo ha hecho otra vez. Sabía que a pesar de la noche oscura y fría, Él iba a darnos otra mañana, otro día, ¡otra muestra de Su gracia!”.

“Pero alégrense todos los que en ti se refugian; Para siempre canten con júbilo, porque tú los proteges; regocíjense en ti los que aman tu nombre” (v. 11).

Piensa en esto y encuentra descanso en Él.

4. Yo

*“No es bueno comer mucha miel, ni el buscar la propia gloria es gloria”,
Proverbios 25:27.*

Muchos de mis problemas vienen de mí mismo. Surgen de estar pensando continuamente en mis necesidades, mis fracasos, mis metas, mis éxitos, y aún mi ministerio. En otras palabras, estos problemas vienen de estar pensando demasiado en mí.

Así es la realidad de todos nosotros. Solemos estar muy centrados en nosotros mismos. La opinión que poseemos de nosotros se vuelve suprema en nuestras vidas. Llega a definirnos y a ser más importante que lo dicho por Dios acerca de nosotros.

Esta preocupación revela un deseo de buscar nuestra propia gloria, usurpando el trono de Dios. Por eso, aunque parezca bueno examinar demasiado nuestras vidas, comportamientos, y pensamientos, nuestro mayor obstáculo en la santificación es la obsesión que tenemos con nosotros mismos.

La buena noticia es que cuando meditamos en la obra de Jesús en la cruz, y la valoramos, podemos dejar de enfocarnos en nosotros. Podemos buscar Su gloria, y descansar en Su soberanía, gracia, y amor.

*“Pues el amor de Cristo nos apremia, habiendo llegado a esta conclusión: que Uno murió por todos, y por consiguiente, todos murieron. Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquél que murió y resucitó por ellos”,
2 Corintios 5:14-15.*

Piensa en esto hasta que tu corazón responda gozosamente en adoración.

5. Caída

“Y a Aquél que es poderoso para guardarlos a ustedes sin caída y para presentar los sin mancha en presencia de Su gloria con gran alegría”, Judas 1:24.

De vez en cuando volvemos a escuchar de la caída de alguien más que en su momento fue una persona de impacto a nuestra propia vida espiritual. Nos sorprende, entristece, y afecta anímicamente. Esto sucede porque muchas veces no hemos sido preparados en nuestro discipulado lo suficiente para esta realidad.

Estos momentos nos deben llevar a orar por esas personas, para que el Señor les traiga de regreso a Su camino. Nos consuela saber que ninguno de los hijos de Dios se perderá, y que Él nos ha prometido llevarnos a casa al final del día, sanos y salvos. Sin embargo, este tipo de momentos son también importantes para examinar nuestro propio corazón. ¿A qué dirección apunta nuestra vida? Quizá este tipo de situaciones no se da de la noche a la mañana. Más bien, se trata de una serie de momentos en los que, en lugar de estar sensibles a la obra de Su Espíritu, endurecemos nuestros corazones y lo contristamos al resistirnos a Su obra.

Es importante reconocer que, así como no podemos salvarnos a nosotros mismos, tampoco podemos guardarnos a nosotros mismos de caer. Ambas cosas son evidencias de la gracia de Dios. Sin embargo, debemos ser intencionales en nuestra lucha contra el pecado, y con humildad encomendarnos continuamente al Señor. Ante esta misma realidad de la vida de fe, Judas (no el Iscariote) le dice a los hermanos: “consérvense en el amor de Dios” (Jud 1:21).

Demos gracias a Jesucristo por la obra hecha en nuestro favor y en nuestro lugar. Permanecer en el amor de Dios nos ayuda a reconocer que Él es el único poderoso para presentarnos “sin mancha delante de Su gloria” y guardarnos “sin caída”.

Piensa en esto y encuentra, como Judas, gran gozo y descanso en Él.

6. Religiosos

“Si alguien se cree religioso, pero no refrena su lengua, sino que engaña a su propio corazón, la religión del tal es vana”, Santiago 1:26.

Ser considerado religioso, hoy es algo negativo. Tiene connotaciones de ser cerrado, cuadrado, e intolerante. Sin embargo, en otras épocas, ser una persona religiosa era lo contrario. Era sinónimo de ser una persona decente, moral, y confiable.

Los valores que decimos tener se deben ver reflejados en nuestras acciones. Jesús mismo dirigió Sus más duras críticas a los religiosos profesionales, a la gente decente, bien vestida, y respetada de su época. Estos hombres aparentaban ser lo mejor de nuestra sociedad, aquellos que deberían representarnos, especialmente ante Dios. Después de todo, ¿es ante Él que necesitamos al mejor representante!

Pero Jesús apuntaba a una realidad muy diferente del corazón. Aunque ellos se creían sanados y justificados ante Dios por sus buenas obras, en realidad se encontraban en una bancarrota espiritual. Lo interesante e importante es reconocer y recordar la implicación de la religión santa y pura, que consiste en “visitar a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Stg 1:27).

Sin embargo, este pasaje va aún más allá de cuidar a los necesitados. También hace énfasis en que nuestras palabras pueden mostrar que nos engañamos a nosotros mismos. Examinar las dinámicas de lo que decimos, cómo lo decimos, y en qué momento lo decimos, nos debe llevar a reconocer nuestra continua y apremiante necesidad de Dios. Reconocer esto es lo que nos hace reales y transparentes ante las personas que nos conocen como “religiosos”, pero que muchas veces nos acusan de falsos e hipócritas.

Esos momentos en que no solo nuestras acciones sino también nuestra lengua delatan y revelan nuestro corazón, no deben ser excusa de lo que hacemos, decimos, y la forma en que lo hacemos. Más bien, son oportunidades para que, con un corazón quebrantado, humilde, y lleno de gozo, apuntemos a nuestra necesidad y la provisión de Dios para nosotros.

Piensa en esto y recuerda que Cristo hizo todo por ti, para que obres conforme a Su voluntad.

7. Porque

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a Su Hijo unigénito, para que todo aquél que cree en Él, no se pierda, sino que tenga vida eterna”, Juan 3:16.

El comportamiento de nuestra sociedad contemporánea nos recuerdan que vivimos en un mundo caído. Los medios de comunicación hablan de crisis de salud, hambrunas; de crisis sociales, políticas, y financieras alrededor del mundo. Son como una nube negra que amenaza con la idea de que las cosas se pondrán mucho peor.

A nivel personal, tratamos de planear lo mejor posible, ser responsables, buscar el bien común, y ayudar a los menos afortunados. Pero todo esto no garantiza que podremos prevenir las crisis en nuestras vidas. Ellas son consecuencias del pecado y de las circunstancias que Dios ha permitido para mostrarnos el sentido y propósito que tienen.

Y es allí donde nos preguntamos, ¿por qué? Enfrentar los momentos difíciles nos ayuda a responder esa pregunta. Si los evitamos, no podremos entender el propósito tras ellos. Y aunque es difícil enfrentarlos, Dios utiliza nuestros problemas para recordarnos nuestra necesidad de un Salvador.

Como hijos de Dios, debemos estar conscientes de esa realidad, descansar en nuestro Salvador, y dejar la incertidumbre en cuanto al futuro. Existe una verdad fundamental que nos regala la tranquilidad de no saber el propósito de todo lo que pasa. En lugar de preguntarnos ¿por qué?, más bien afirmamos: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a Su Hijo unigénito, para que todo aquél que cree en Él, no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Jn 3:16)

El gran amor del Padre y la obra de Su Hijo en nuestro favor hacen toda la diferencia. Podemos confiar en las buenas intenciones de Aquel que no solo está en control de todas las cosas, sino que también tiene un amor incondicional por nosotros. Esto nos da libertad para enfrentar con optimismo y fe cualquier reto del día, y gozar el futuro de nuestra vida eterna con Él.

Piensa en esto hasta que tu corazón responda gozosamente en adoración.

8. Destino

“Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor”, Lamentaciones 3:26.

Una de las herramientas que el enemigo usa para paralizarnos y obstaculizar nuestro crecimiento y madurez espiritual, es hacernos creer en el destino.

Según Wikipedia, el destino “es el poder sobrenatural inevitable e ineludible que, según se cree, guía la vida humana y la de cualquier ser a un fin no escogido, de forma necesaria y fatal, en forma opuesta a la del libre albedrío o libertad”. Se nos presenta, entonces, como una serie de fuerzas impersonales que ejercen su control sobre nuestras vidas, sin valor y sentido para nosotros.

Aunque algunos creen que el poder del destino es lo que define nuestra existencia y paso por este mundo. En realidad, toda esta idea contradice la doctrina de la soberanía de Dios. La soberanía de Dios es una bella y conmovedora doctrina que nos lleva a descansar en la bondad, fidelidad, y gracia de Dios sabiendo que Él está obrando siempre en favor de los Suyos, incluso a pesar de ellos mismos. Nos lleva a reconocer las buenas intenciones que Dios tiene para nosotros, sabiendo que fuimos creados por Él y para Él, y rendirnos gozosamente a esta verdad para descansar en ella y hallar la verdadera libertad.

El enemigo es el que nos lleva a creer en narrativas fatalistas, que muchas veces se hacen perpetuas en nuestras culturas y familias. Nos ha llevado a creer, por ejemplo, que “somos la oveja negra de la familia”, que “no nacimos con estrella”, que “de tal palo, tal astilla”, o que un “árbol que crece torcido, jamás su rama endereza”. Estas ideas pueden llegar a condicionar nuestras acciones y expectativas de la vida, y aún podemos llegar a aceptarlas como inevitables e irreversibles. Nos sentimos condenados a ellas, pues nos han definido, las hemos aceptado, y llegamos a creerlas como nuestro destino.

Reconocer que todas estas ideas han llegado a tener más peso en nuestra vida que la Palabra y las promesas de Dios, es una invitación al arrepentimiento ante nuestra incredulidad, y nuestra falta de confianza en la bondad y dirección del buen Padre Celestial en cada área y momento de nuestras vidas. La única narrativa que debe definir nuestra vida es que somos hijos profundamente amados y que gozamos del favor de Dios.

Gracias a la obra de nuestro Señor Jesucristo en nuestro lugar y a nuestro favor, podemos mirar con anticipación y asombro la salvación del Señor, como una muestra de Su gran amor y afecto por nosotros. ¡Esas sí son buenas noticias!

Piensa en esto y encuentra tu descanso y gozo en Él.

9. Penitencia

“Porque por una ofrenda Él ha hecho perfectos para siempre a los que son santificados”, Hebreos 10:14.

Muchos de nosotros hemos crecido en el contexto de la religión tradicional, con la idea de que la penitencia es una parte importante de la vida de fe. Significa que una vez cometida una ofensa, se hace necesario un pago o retribución de acuerdo al tamaño de la ofensa. Así establecemos un balance positivo en el saldo de nuestra cuenta con Dios.

Esta idea de hacer penitencia se nos hace muy natural a todos porque, en cierto sentido, así es como funciona la vida. Decimos que “no hay nada gratis en este mundo” porque sabemos que la ley de la vida dicta que todas nuestras acciones tienen consecuencias. Entendemos que nuestras faltas requieren de alguna retribución, y que para poder vivir en paz con nuestra conciencia necesitamos absolución.

Ante esta realidad, y aunque quizás no sea una palabra que usemos frecuentemente, en la práctica todavía seguimos buscando el perdón de nuestros pecados y la absolución de nuestra culpa a través de acciones y obras “dignas de arrepentimiento”, de acuerdo a la medida de la ofensa, con el fin de pagar por nuestra culpa.

La obra del Espíritu de Dios es traer convicción de pecado y revelar las áreas de nuestra vida que no están en sintonía con el evangelio. Él nos lleva a ver el impacto y las consecuencias, no solo de nuestras acciones, sino de la realidad de nuestro corazón que todavía lucha contra el pecado. Sin embargo, cuando esto sucede, en lugar de “hacer penitencia” intentando pagar la cuenta de nuestro pecado o golpeándonos el pecho para reconocer lo malo que somos, más bien debemos recordar que hay un camino mejor que comienza al levantar nuestra mirada a la cruz.

Es importante que nuestras acciones revelen el cambio interior de nuestro corazón. En lugar de intentar pagar la deuda pendiente en nuestras propias fuerzas, deberíamos sumergirnos en la verdad del evangelio, el arrepentimiento, y la santificación. Celebremos cuando el gozo sea restaurado, cuando la fe nos levanta y nos lleva hacia adelante, y cuando por la obra de Dios dejamos de vernos a nosotros mismos para ver, amar, y servir a nuestro prójimo.

La buena noticia para ti y para mí es que gracias a la obra de nuestro Señor Jesucristo en nuestro lugar y a nuestro favor en el Calvario, nuestra deuda ha sido cancelada. Jesús mismo la asumió para que tú y yo podamos abrazar el regalo del arrepentimiento como provisión de Dios para Sus hijos, para nuestra santificación y nuestro gozo.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

10. Legado

“Además, yo procuraré con diligencia, que en todo tiempo, después de mi partida, ustedes puedan recordar estas cosas”, 2 Pedro 1:15.

A veces estamos obsesionados en dejar un buen legado a las siguientes generaciones. Queremos que nuestra vida cuente, que haga un impacto en el reino, y que Dios la use para inspirar a otros. Sin embargo, alguien ha dicho que “Si tienes la ambición de dejar un legado, dejarás, sin querer, un legado de ambición” (R. Mullins).

Y es que muchas veces detrás de este anhelo, al parecer puro y loable, puede también haber un sentido de justicia propia que busca ser reconocido por nuestros esfuerzos, por nuestra vida de fe, por nuestros sacrificios hacia los demás y al ministerio.

Las buenas noticias para ti y para mí son que solo hay un sacrificio que cuenta para toda la eternidad, y este no es ninguno que tú o yo podamos hacer. Es el sacrificio de Cristo por nosotros, que nos hace libres para vivir sin cargas innecesarias sobre nuestros hombros y experimentando el gozo de darnos a los demás en Su obra.

Pedro les dice a los hermanos que lo que quiere es que ellos simplemente recuerden. Que tanto ellos como nosotros recordemos lo que ya hemos aprendido y procesado como una verdad funcional en nuestra vida, lo que ya somos y tenemos “en Cristo” y gracias a Su obra por nosotros en la cruz del calvario. Es una verdad a la que necesitamos regresar diariamente. Es una verdad activa y transformadora que cumplirá el propósito de Dios, a través de Su Espíritu en nosotros, y que permanecerá aún cuando ya no estemos.

Por eso, unos versículos antes, vemos al apóstol diciendo: “siempre estaré listo para recordarles estas cosas, aunque ustedes ya las saben y han sido confirmados en la verdad que está presente en ustedes” (v. 12).

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

11. Huérfanos

“Por tanto, ya no eres siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero por medio de Dios”, Gálatas 4:7.

Hay situaciones diarias que nos “sacan de quicio”. Nos sacan de ese equilibrio “perfecto” de precaución y confianza, de seguridad e intencionalidad, de madurez y decencia. Nuestras expectativas del día, de nuestros recursos para lidiar con él, y de cómo queremos vernos reaccionar, se ven afectadas de tal manera que perdemos el balance. Nuestras piernas tiemblan y nuestra confianza en nosotros mismos, y aún en Dios, flaquean.

En esos momentos nos sentimos solos. Sentimos que tenemos que arreglárnoslas por nosotros mismos, y simplemente reaccionamos lo mejor que podemos. Sin embargo, muchas veces esas reacciones no muestran nuestra mejor cara. Estas circunstancias en realidad dejan ver una condición del corazón que no podemos esconder más; han empujado a la superficie lo que ya había en el interior.

Estas situaciones hacen que nuestra comunión con el Padre no luzca correcta. De pronto actuamos, en otras palabras, como huérfanos y no como hijos de nuestro amoroso Padre celestial. Es interesante notar cómo en este pasaje la comparación no parece paralela. El contraste no es el de un hijo con un huérfano, ni el de un esclavo con una persona libre, sino el de un hijo con un esclavo. Y es que cuando olvidamos que somos hijos y actuamos como huérfanos, nos volvemos una vez más esclavos de las maquinaciones de nuestros corazones.

Esos momentos son una invitación a arrepentirnos no solo de nuestras acciones, sino también de un corazón incrédulo, independiente, y autosuficiente. Son una invitación a recordar y creer una vez más quienes somos: hijos adoptados, amados, perdonados, y completos en Cristo. Son una invitación a correr a la cruz y encontrar ahí la provisión de Dios. Las buenas noticias para ti y para mí son que Su Espíritu en nosotros nos ayuda para que podamos clamar “Abba Padre” (Gá 4:6), y así volver a alinear nuestro corazón al recordar Su provisión en Cristo.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

12. Por obra suya

“Pero por obra Suya están ustedes en Cristo Jesús, el cual se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justificación, santificación y redención”, 1 Corintios 1:30.

Qué increíble es el poder que un par de palabras tienen para, no solo transmitirnos una serie de verdades ricas en su profundidad teológica, sino también para compartirnos verdades bíblicas efectivas para nosotros hoy, y que además nos dan un sentido de paz, seguridad, y confianza.

Tan solo pensar en lo que significan las palabras “por obra Suya”, nos lleva a reconocer que nuestros continuos esfuerzos de ganarnos la atención, el favor, y el amor de Dios, nunca serían suficientes. El evangelio no se trata de una religión que ofrece sabiduría para tratar de llegar a Dios. En cambio, solo “por obra Suya” es que podemos conocer Sus buenas intenciones, no solo para la humanidad, sino también para nosotros mismos.

Además, “por obra Suya” podemos encontrarnos en este estado “en Cristo Jesús”, en el cual tenemos “preciosas y maravillosas promesas” (2 P 1:4). Significa que vivimos bajo el favor de Dios “por obra Suya”, y Su récord perfecto de justicia conferido por gracia a nosotros, y con los recursos necesarios, afectos alineados, y sabiduría de vida, para ahora buscar vivir así mismo para Su gloria.

Las buenas noticias para ti y para mí son que, gracias a la obra de Jesucristo a nuestro favor y en nuestro lugar —como dice también el versículo “por obra Suya”—, nuestro pasado ha sido redimido (justificación), y nuestro presente y los retos que enfrentamos tienen propósito (santificación) para llevar a cabo en nosotros y, en el futuro, Su obra completa (redención).

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

13. Melodía

“Entonces llegaré al altar de Dios, a Dios, mi supremo gozo; y al son de la lira te alabaré, oh Dios, Dios mío”, Salmos 43:4.

Es muy interesante ver la reacción de una persona que no ha tenido ningún trasfondo o instrucción musical, cuando abre por primera vez un libro de música o ve cómo se escribe una partitura. Este lenguaje artístico es algo completamente diferente al abecedario y a los símbolos en los que se basan nuestra escritura. Uno no puede imaginar cómo esos “jeroglíficos” representan un lenguaje que se puede leer, entender y comunicar, hasta que alguien que sabe leer la partitura empieza a tocar cada una de las notas allí plasmadas, dejándonos atónitos por su belleza.

Es posible que leas la letra de una canción, y hasta la aprendas de memoria, sin conocer su melodía. Y aunque las palabras sean bellas y comuniquen algo hermoso, no se apreciarán de la misma manera hasta que las escuchemos acompañadas por su música. Aquellas letras que resultaban familiares para nosotros, de un momento a otro pasaron a ser valoradas de una nueva manera. Es sorprendente ver cómo podemos ser profundamente impactados por algo que era tan familiar para nosotros. Las palabras toman nuevo sentido, al punto de llevarnos a regresar a ellas continuamente y notar nuevos detalles o matices.

De la misma manera, uno puede conocer de memoria el mensaje del evangelio y la obra redentora de Dios por la humanidad, sin haber sido profundamente impactado por su melodía. Aunque sabemos la letra del evangelio, aún no hemos sido capturados por su bella melodía, ni hemos sido sorprendidos por su belleza y profundidad al punto de regresar continuamente a él para notar nuevos matices que nos sorprenden. ¿Será que por eso a veces nos cuesta trabajo salir de momentos de frustración, parálisis, tristeza, y derrota?

Las buenas noticias para ti y para mí son que, gracias a la obra de Cristo en la cruz del Calvario a nuestro favor y en nuestro lugar, el Espíritu de Dios siempre está obrando en la vida de Sus hijos. Él nos lleva a profundizar en Su Palabra, a valorar el evangelio, y a escuchar aquellas bellas notas de la provisión de Dios de una manera transformadora que traen gran alegría a nuestro ser.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

14. Saborear

“En aquella misma hora Jesús se regocijó mucho en el Espíritu Santo, y dijo: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a sabios y a inteligentes, y las revelaste a niños. Sí, Padre, porque así fue de Tu agrado”, Lucas 10:21.

Es importante reconocer que hay una larga distancia entre nuestro cerebro y nuestro corazón, y que podemos incluso estudiar las Escrituras de una manera fría, sin que experimentemos profunda transformación en nuestra vida. En esos momentos, la Palabra de Dios llega a convertirse en simples instrucciones de vida, y el glorioso evangelio no tiene ningún efecto en nuestros afectos. Esto implica, aún sin darnos cuenta, una postura rebelde ante la obra del Espíritu y Su Palabra, que siempre nos confrontan y consuelan.

Además de esto, el miedo a que las experiencias definan nuestra vida de fe nos lleva a perder la bendición de experimentar y saborear la bondad, fidelidad, y gracia de Dios. No sentir el amor y agrado del Padre significa vivir una vida de fe sin gozo.

En este pasaje, observamos a los discípulos regresar a Cristo luego de haber sido enviados por el Señor, y de haber experimentado gran éxito en su ministerio. A la luz de esto, el Señor Jesús no les dice que no se gocen demasiado, sino que cuiden su corazón y recuerden que hay un gozo mayor al que viene de las circunstancias ministeriales favorables: “Sin embargo, no se regocijen en esto, de que los espíritus se les sometan, sino regocijense de que sus nombres están escritos en los cielos” (Lc 10:20).

Aquí sucede algo realmente impactante. Inmediatamente después de estas palabras, Jesús mismo, en una muestra de cariño e intimidad, expresa espontáneamente Su amor hacia el Padre. Jesús se goza por la obra del Padre a favor nuestro, y esto impacta mi corazón. El Señor sabe, y se siente amado por el Padre. Pero se goza y se deleita también en que podamos experimentar esta libertad que Él ganaría por nosotros, y la bendición de ser adoptados como hijos Suyos (1 Jn. 3:1).

Las buenas noticias para ti y para mí son que, gracias a la obra de Cristo en la cruz del calvario, a nuestro favor y en nuestro lugar, vivimos ahora bajo el favor de nuestro amoroso y misericordioso Padre Celestial. Podemos experimentar la belleza de la provisión de Dios para Sus hijos (Sal 34:8).

Piensa en esto y encuentra tu gozo en Él.

15. Convicción

*“Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”,
Juan 16:8.*

El versículo habla de esta importante obra del Espíritu de Dios de convencer al mundo de pecado, justicia, y juicio. Sin embargo, a veces olvidamos esto en nuestro trato con los no creyentes, al hablar de la manera como lo hacemos. No que no haya lugar y momentos para hablar directamente al corazón, pero es importante recordar que solo el Espíritu de Dios puede hacer esta labor de traer convicción.

Fácilmente, y sin darnos cuenta, podemos apuntar con condenación a los frutos que se ven exteriormente, en lugar de traer buenas nuevas a los quebrantados de corazón, y a aquellos a quienes las ofertas de este mundo les han dejado vacíos, con culpa, y bajo condenación. En ellos, el Espíritu puede obrar mientras les mostramos el amor de Dios por el mundo pecador. Esta realidad de la bondad de Dios traerá convicción y les guiará al arrepentimiento (Ro 2:4).

Pero también es importante recordar que es un regalo de Dios, no solo el tener convicción de pecado para salvación, sino también tener convicción de pecado para nuestra santificación. Ignorar esta maravillosa verdad puede provocar en nosotros una gran incertidumbre, incluso acerca de nuestra salvación, al enfrentar la continua lucha contra el pecado que con el tiempo se torna más real y profunda en nuestras vidas.

Es fácil correr hacia la autojustificación, creyendo que estamos practicando el verdadero arrepentimiento cuando en realidad nos ponemos a nosotros mismos en una cruz, tomando el lugar de Jesús. Cuando caemos en pecado y nos sentimos derrotados, necesitamos regresar a Él en verdad con arrepentimiento, gratitud, y fe.

Las buenas noticias para ti y para mí son que, gracias a la obra de Cristo por nosotros y en nuestro lugar, podemos experimentar no solo la obra del Espíritu mostrándonos áreas de pecado en nuestra vida, sino también Su gozo liberador al gloriarnos en Su obra en la cruz del Calvario.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

16. Temblor

“Así que, amados míos, tal como siempre han obedecido, no solo en mi presencia, sino ahora mucho más en mi ausencia, ocúpense en su salvación con temor y temblor. Porque Dios es quien obra en ustedes tanto el querer como el hacer, para Su buena intención”, Filipenses 2:12, 13.

¡Qué buenas noticias tienen este par de versículos! Por un lado, nos dan el mandato de vivir con intencionalidad ocupándonos de nuestra salvación —y con seriedad, como si nuestra vida dependiera de ello. Necesitamos vivir con intensidad ese propósito de examinar nuestras vidas cuidadosamente, teniendo cuidado de hacer los ajustes necesarios al ver que Su Espíritu nos revela que la dirección de nuestra vida se está desviando de donde tiene que estar apuntando.

Es mirar al pasado arrepintiéndonos de nuestros caminos y motivaciones, pero también hacia el futuro descansando en Aquel que tiene las llaves de él. Precisamente, por eso es que este proceso, aunque nos lleva a sentirnos con una carga sobre nuestros hombros, es también liberador, al ver que no va a depender completamente y solamente de nuestros esfuerzos. Más bien, ¡va a depender de nuestro descanso! Va a depender de nuestra disposición a soltar el control de nuestra vida en las manos y el obrar de Dios.

Muchas veces somos recordados de la seriedad de las cosas de Dios y de Sus expectativas para nosotros como la manera para motivarnos a servirle. Sin embargo, este verso de Filipenses nos pone una sonrisa en el rostro. Conociendo el apóstol las dinámicas de nuestro corazón, nos dice el primer versículo (*ocúpense en su salvación*) para inmediatamente después recordarnos el siguiente (Dios es quien obra en ustedes).

Nos recuerda de esa expectativa de Dios para Sus hijos de esforzarse en vivir con intencionalidad y propósito en la vida cristiana, pero que también viene de un amoroso Padre celestial comprometido con terminar la obra de gracia que comenzó en nuestra vida.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

17. Atacados

“Y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia derivada de la Ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe”, Filipenses 3:9.

Es interesante notar y reconocer que cualquier tipo de comentario hacia nosotros muchas veces nos “suenan” como una afrenta. Es como un ataque a nuestra persona, un cuestionamiento a nuestro valor e incluso a nuestra misma identidad.

Cuando esto sucede, empezamos a inquietarnos como si una ley en el universo hubiera sido quebrantada y necesitase ser restablecida. En nuestro interior surge un sentido de justicia que ha sido violentado y necesita ser enmendado. Anticipamos nuestra oportunidad de responder con un comentario que ofrezca un “balance” y que justifique nuestras acciones, poniendo no solo las cosas en su lugar, sino también a la persona que se atrevió a cuestionarnos. Sentimos que necesitamos “defendernos” de alguna manera, y que debemos tener la última palabra al respecto.

En el contexto del matrimonio es fácil observar esta dinámica. Muchas veces nuestras discusiones más complejas surgen porque uno de los dos se sintió atacado con los comentarios del otro. Y cuando hablamos sobre lo sucedido, tendemos a justificarnos diciendo: “simplemente fue un comentario”, o incluso, “solo era una pregunta”.

“Pero si ustedes se muerden y se devoran unos a otros, tengan cuidado, no sea que se consuman unos a otros”, Gálatas 5:15.

Tratamos de establecer nuestra propia justicia con base en nuestras acciones, logros, y la apreciación de los demás. Por eso, cuando lucimos con orgullo nuestro currículum cuidadosamente construido con los años y la experiencia, y alguien cuestiona un punto del mismo, lo recibimos como un cuestionamiento a nosotros mismos.

Vivir de esta manera nos desgasta, pues siempre habrá alguien con un mejor récord que el nuestro. Quizá lo reconocemos, pero entonces en ese momento valoramos su opinión acerca de nosotros por sobre todas las cosas. Su apreciación y palabras de afirmación son como un regalo del cielo, pero su crítica es devastadora.

Las buenas noticias para ti y para mí son que, gracias a la obra de Jesucristo a nuestro favor y en nuestro lugar, hay una manera diferente de vivir. El ser “hallados en Él” nos permite descansar con seguridad, pero no en nuestra justicia adquirida o alcanzada por nosotros mismos, sino en aquella ilimitada y perfecta, conferida a los Suyos y acreditada a nuestro favor. Solo así encontraremos la libertad y el poder para andar “por el Espíritu” (Gá 5:25) y servirnos “por amor los unos a los otros” (Gá 5:13).

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

18. Convirtiéndonos

“Pero todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu”, 2 Corintios 3:18.

Este es un bello pasaje que nos habla de la obra continua que Dios hace en nosotros a través de Su Espíritu, quién nos transforma a la imagen de Su Hijo.

A veces creemos que este proceso de santificación se completará en esta tierra. Pensamos que este “de gloria en gloria” llegará cuando seamos completamente perfectos y santos aquí. Esto puede ser desconcertante si pensábamos vivir una vida de victoria, escalando los “peldaños” de santidad que hacen ver a unos más santos que otros.

Para entender de qué se trata esto realmente, es indispensable entender la justificación. La idea de que por la obra de nuestro Señor Jesucristo en la cruz somos “hechos justos”, es diferente a la idea de que hemos sido “declarados justos”. No nos convertimos en justos de un momento a otro, pero recibimos esa justificación que no depende de nosotros.

“Y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia derivada de la Ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe”, Filipenses 3:9.

Hemos nacido de nuevo y hay una nueva naturaleza en nosotros, pero nunca dejaremos de luchar con nuestra vieja naturaleza “en este lado de la eternidad”. Martín Lutero reconoció esta realidad y expresó que somos simultáneamente justos y pecadores (“simul justus et peccator”). Sí, en cierto sentido somos lo que somos, pero no en lo que nos estamos convirtiendo.

“Gracias a Dios por nuestro Señor Jesucristo” (Ro 7:25) que nos permite crecer, madurar, y progresar en nuestra vida de fe, siendo cada vez más conscientes de nuestro pecado y de la santidad de Dios. Él nos lleva a mostrar una vida de gracia caracterizada por el arrepentimiento, dependiendo del Señor, y valorando cada día más Su obra en nuestro favor.

Las buenas noticias para ti y para mí son que el “ministerio del Espíritu” (v. 8) en nosotros hace posible que continuemos “siendo transformados”. Cada momento de lucha que experimentemos hasta el fin de nuestros días, es una invitación a recordar gozosamente la gloriosa obra de nuestro Señor Jesucristo, en nuestro lugar y en nuestro favor.

Por último, pensemos en lo que John Newton dijo: “No soy el hombre que debería ser, ni el hombre que quisiera ser. Tampoco soy el hombre que espero un día llegar a ser; pero por la gracia de Dios, no soy el hombre que solía ser”.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

19. Templos

“Y haciendo un látigo de cuerdas, echó a todos fuera del templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó las monedas de los que cambiaban el dinero y volcó las mesas”, Juan 2:15.

En este pasaje vemos a Jesús llevar a cabo una purificación del templo, aquel lugar especial que representaba la presencia de Dios entre Su pueblo.

En el templo se leían las Escrituras y se celebraba la fidelidad de Dios a lo largo de la historia. Fue en una sinagoga, al comienzo de Su ministerio, que Jesús leyó del profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos, y la recuperación de la vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año favorable del Señor” (Lc 4:16-19).

Más adelante, leemos que en el templo “se acercaron a Él los ciegos y los cojos, y los sanó. Pero cuando los principales sacerdotes y los escribas vieron las maravillas que había hecho, y a los muchachos que gritaban en el templo y decían: ‘¡Hosanna al Hijo de David!’, se indignaron” (Mt 21:14-15).

Los principales sacerdotes habían hecho del templo un lugar de comercio, donde chocaban frontalmente contra los valores del reino de Dios. Por eso, cuando Jesús vio cómo este lugar se había corrompido, dejando de ser casa de oración y testimonio a las naciones, para convertirse en una “cueva de ladrones”, reaccionó haciendo una purificación (Mt 21:13).

El Señor sigue limpiando templos, “destruyendo especulaciones y todo razonamiento altivo que se levanta contra el conocimiento de Dios, y poniendo todo pensamiento en cautiverio a la obediencia de Cristo” (2 Co 10:4-5). Él es celoso con Sus hijos, especialmente cuando buscan hacer intercambios comerciales y su corazón se va tras sus ídolos. La Palabra de Dios nos recuerda que nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo que habita en nosotros, el cual tenemos de Dios, y que por ende no nos pertenecen a nosotros mismos (1 Co 6:19).

Pero Jesús también habló de otro templo, uno que sería destruido –refiriéndose a Su propio cuerpo que sería entregado– a favor y en lugar de aquellos que, aunque estamos seguros en Él, todavía luchamos diariamente deshonorando nuestros cuerpos cuando buscamos mercader con Dios y los ídolos. Todavía luchamos cuando solo buscamos a Dios como un medio para conseguir nuestros fines y no como el fin de todos nuestros medios; cuando damos nuestra adoración y devoción a cosas creadas, en lugar de al Creador de todas las cosas.

Las buenas noticias para ti y para mí son que el templo del cuerpo del Señor Jesús fue quebrantado para que tú y yo, en respuesta de amor, tengamos los recursos espirituales y la confianza para permitir que Su Espíritu obre en nuestros corazones, para nuestra santificación y gozo.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

20. Multiforme

*“Según cada uno ha recibido un don especial, úselo sirviéndose los unos a los otros como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”,
1 Pedro 4:10.*

En este pasaje vemos a Jesús llevar a cabo una purificación del templo, aquel lugar especial que representaba la presencia de Dios entre Su pueblo.

En el templo se leían las Escrituras y se celebraba la fidelidad de Dios a lo largo de la historia. Fue en una sinagoga, al comienzo de Su ministerio, que Jesús leyó del profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos, y la recuperación de la vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año favorable del Señor” (Lc 4:16-19).

Más adelante, leemos que en el templo “se acercaron a Él los ciegos y los cojos, y los sanó. Pero cuando los principales sacerdotes y los escribas vieron las maravillas que había hecho, y a los muchachos que gritaban en el templo y decían: ‘¡Hosanna al Hijo de David!’, se indignaron” (Mt 21:14-15).

Los principales sacerdotes habían hecho del templo un lugar de comercio, donde chocaban frontalmente contra los valores del reino de Dios. Por eso, cuando Jesús vio cómo este lugar se había corrompido, dejando de ser casa de oración y testimonio a las naciones, para convertirse en una “cueva de ladrones”, reaccionó haciendo una purificación (Mt 21:13).

El Señor sigue limpiando templos, “destruyendo especulaciones y todo razonamiento altivo que se levanta contra el conocimiento de Dios, y poniendo todo pensamiento en cautiverio a la obediencia de Cristo” (2 Co 10:4-5). Él es celoso con Sus hijos, especialmente cuando buscan hacer intercambios comerciales y su corazón se va tras sus ídolos. La Palabra de Dios nos recuerda que nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo que habita en nosotros, el cual tenemos de Dios, y que por ende no nos pertenecen a nosotros mismos (1 Co 6:19).

Pero Jesús también habló de otro templo, uno que sería destruido –refiriéndose a Su propio cuerpo que sería entregado– a favor y en lugar de aquellos que, aunque estamos seguros en Él, todavía luchamos diariamente deshonrando nuestros cuerpos cuando buscamos mercader con Dios y los ídolos. Todavía luchamos cuando solo buscamos a Dios como un medio para conseguir nuestros fines y no como el fin de todos nuestros medios; cuando damos nuestra adoración y devoción a cosas creadas, en lugar de al Creador de todas las cosas.

Las buenas noticias para ti y para mí son que el templo del cuerpo del Señor Jesús fue quebrantado para que tú y yo, en respuesta de amor, tengamos los recursos espirituales y la confianza para permitir que Su Espíritu obre en nuestros corazones, para nuestra santificación y gozo.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

21. Gozo

*“Y ustedes llegaron a ser imitadores de nosotros y del Señor, habiendo recibido la palabra, en medio de mucha tribulación, con el gozo del Espíritu Santo”,
1 Tesalonicenses 1:6.*

Al parecer, el gozo era una característica de Pablo... y de nuestro Señor. Me impacta el pensar que Jesús, a pesar de ser “varón de dolores, experimentado en sufrimiento” (Is 53:3), también dice en Su Palabra que Dios le había ungido con “óleo de alegría”, más que sus compañeros (He 1:9). Pareciera, además, que el gozo de Jesús era algo conocido por los hermanos puesto que Pablo, a pesar de no haber convivido en la carne con Él, hace referencia a esto (v. 6).

Uno de los resultados de haber experimentado la obra de Dios en nuestras vidas es precisamente este gozo infundido en nuestro corazón.

La predicación del evangelio de la gracia trae un gozo que es un regalo de Dios que no puede ser comprado o ganado por nuestros esfuerzos. Es una alegría natural de la que somos revestidos y que viene de sabernos perdonados y libres de la culpa y poder del pecado, pero también de sabernos libres para dejar de pretender ser lo que no somos, de querer impresionar, o de la crítica y opinión de los demás. Es una posición real y objetiva de que somos “amados de Dios” (v. 2) y estamos en una relación de paz con Él (Ro 5:1).

Por otro lado, el gozo es también un regalo de estar viviendo funcionalmente en las realidades del evangelio. Es parte de nuestro caminar diario “en Él” y al mantenernos “constantes en la esperanza en Cristo Jesús” (v. 3). Por estas cosas, el gozo revela mucho de nuestra salud espiritual y es un poderoso testimonio de la obra de Dios para aquellos que no lo conocen pero que se dan cuenta que “solamente Dios” puede hacer una obra así, especialmente cuando nos encontramos en medio del sufrimiento.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

22. Acusa o excusa

“Ya que muestran la obra de la ley escrita en sus corazones, su conciencia dando testimonio, y sus pensamientos acusándolos unas veces y otras defendiéndolos”, Romanos 2:15.

Es interesante reconocer cómo funciona nuestro corazón y conciencia. El versículo dice que nuestros pensamientos siempre están haciendo esas dos cosas, acusándonos o excusándonos.

Por un lado, aun el corazón regenerado por la obra de Su Espíritu continúa experimentando pensamientos de acusación al recordar nuestra vida pasada y llevándonos a cuestionar si en verdad el perdón de Dios ha sido completo, suficiente, y efectivo. Esto nos afecta funcionalmente y se ve en la manera en que reaccionamos, servimos, y expresamos nuestros sentimientos.

Por ejemplo, se ve cuando tratamos inmediatamente y vehemente de defendernos al momento de ser criticados. O cuando al servir tratamos de hacerlo como para ganarnos, o por lo menos asegurar, el perdón de Dios. Cuando no podemos decir “no” por el miedo y la opinión de otros, o cuando nuestros miedos, e inseguridades nos paralizan. Estos reflejan simplemente los pensamientos de acusación de un corazón no firme en el evangelio.

Por otro lado, y aun cuando hemos experimentado la gracia de Dios en nuestra vida, el corazón también nos puede traer pensamientos de excusa por nuestras acciones. Esta condición también se refleja funcionalmente cuando un sentimiento de justicia propia crece en nosotros, cuando el pecado de los demás nos molesta más que nuestro propio pecado, y cuándo nos sentimos más espirituales, o mejor cristianos que las personas a nuestro alrededor.

Es importante, entonces, entender estas dinámicas en la vida de fe, diagnosticar la condición de nuestro corazón al ver los síntomas externos y funcionales en nuestra propia vida, y aplicar la medicina del evangelio para ambas condiciones del corazón. Necesitamos discernir la obra de Su Espíritu a través del estudio de Su Palabra, arrepentirnos de no creer y valorar al evangelio cuando nuestro corazón nos acusa o excusa, y alinearlos a la realidad objetiva de nuestra verdadera condición ante el único Juez Supremo que nos justifica y libera “en Él”.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

23. Humildad

“Que vivan con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándose unos a otros en amor”, Efesios 4:2.

Este versículo nos habla de la humildad y la mansedumbre como valores importantes que fluyen de una realidad interna y personal, como resultado de una obra de gracia de Dios en nuestra vida. Al mismo tiempo, no son valores que se hacen visibles en un contexto de aislamiento, sino más bien en la vida comunitaria.

De hecho, el apóstol Pablo presenta la humildad y la mansedumbre como virtudes conectadas a la realidad de soportar a otras personas. Aunque esta interacción puede llegar a ser altamente frustrante, es alentador recordar que Dios sigue obrando pacientemente en nosotros y nuestros hermanos.

Como cristianos, somos llamados a morir a nuestras preferencias y despojarnos “del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos”, para vestirnos “del nuevo hombre, el cual, en la semejanza de Dios, ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad” (vv. 22-24). Sin embargo, ser mansos y humildes no es sinónimo de callar frente a los conflictos y evadir la confrontación a toda costa.

Para Jesús no había tensión alguna en expresar perfectamente la gracia y la verdad. Fue manso y humilde, y al mismo tiempo también estuvo dispuesto a confrontar el pecado. Su seguridad estaba en el Padre, y no en lo que los demás pudieran decir. Esto le permitió expresar un amor sincero por el bienestar de las personas que Dios había puesto a Su alrededor.

La buena noticia para ti y para mí es que, gracias a la obra de Cristo a nuestro favor y en nuestro lugar, podemos estar seguros que Su Espíritu seguirá trabajando en nosotros. Él seguirá obrando “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (v. 13).

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

24. Ahogados

“La semilla que cayó entre los espinos, son los que han oído, y al continuar su camino son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y su fruto no madura.”, Lucas 8:14.

En ocasiones hablamos de la parábola del sembrador enfocándonos únicamente en llevar la semilla del evangelio a aquellos que aún no conocen a Dios, sin saber las condiciones de su corazón, la respuesta que obtendremos, o el fruto que veremos.

Sin embargo, me sorprendí al reconocer que la descripción de este tipo de corazón está más cerca de mí de lo que me gustaría reconocer. Me sorprendí al considerar cómo “las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida” pueden afectar la obra del Espíritu Santo en nosotros.

Muchas veces, aun siendo hijos de Dios, podemos vivir como si la provisión divina no fuera suficiente para nuestra necesidad o no fuera una realidad para nosotros hoy. Esto simplemente evidencia que nuestro corazón está girando alrededor de nuestras propias vidas, pensamientos, sueños, y especialmente nuestras “preocupaciones” materiales y felicidad.

Si somos del Señor, habiendo experimentado Su obra de gracia en nuestras vidas al poner nuestra confianza y esperanza en Él, y hemos recibido el perdón de nuestros pecados, entonces estamos seguros en Él. Nuestra salvación descansa en Su obra a nuestro favor, y no en nuestros esfuerzos.

Sin embargo, las “preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida” pueden estar afectándonos de tal manera que nuestro fruto no madura. Puede ser que simplemente estemos inmersos en un activismo religioso que se ha convertido en una carga y que no lleva “gracia” del Señor para ser de bendición. Todo esto puede llegar a “ahogar” nuestra madurez en la vida cristiana y nuestra lucha contra el pecado, así como también nuestra valoración de la obra de Dios en nuestras vidas.

Al concluir la parábola, Jesús explicó cuál era Su mensaje al apuntar a la importancia de responder en arrepentimiento y fe ante la presencia de estas fuerzas en nuestro corazón, sabiendo que “todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Ro 14:23). Nuestra fe debe estar en Aquel a quien los vientos y las aguas obedecen (Lc 8:25).

Las buenas noticias para ti y para mí son que, gracias a la obra de nuestro Señor Jesucristo en nuestro lugar y a nuestro favor, podemos experimentar tener corazones que “retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia” (Lc 8:15).

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

25. Hospitalarios

“Pues ellos mismos cuentan acerca de nosotros, de la acogida que tuvimos por parte de ustedes, y de cómo se convirtieron de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero”, 1 Tesalonicenses 1:9.

Es una verdadera evidencia de la gracia de Dios el “convertirnos de los ídolos a Dios”, como dice este versículo. Se trata de ir en contra de las corrientes de este mundo y vivir bajo una serie de valores opuestos a los de la sociedad contemporánea. Es experimentar profundamente una obra del Espíritu de Dios en nuestra vida, de manera que las personas a nuestro alrededor puedan ver el gozo de la salvación en nosotros, aún en momentos difíciles y de gran tribulación (v. 6).

Desde el principio de esta carta, el apóstol Pablo se goza por la obra de Dios en los hermanos de esta iglesia, y por cómo la semilla del mensaje del evangelio predicado ha caído en buena tierra y está dando fruto. Esto se debe a que el evangelio es poder de Dios, aplicado por el agente transformador que es Su Espíritu en nosotros. Él terminará ese proceso de santificación en la vida de Sus hijos.

Esto debe ser también de gran ánimo para nosotros, pues nuestra lucha con estos ídolos del corazón no termina. Continuamente luchamos con poner la confianza en nuestras fuerzas y recursos ignorando a Dios, poniendo también nuestra esperanza en cualquier otra oferta de este mundo.

Esta realidad de convertirnos “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero” (v. 9), es vista, como dice el pasaje, a través de la manera en que recibimos a otros. El ser hospitalarios implica un nivel de transparencia y vulnerabilidad que muchas veces no estamos dispuestos a rendir. La razón de esto es que hay ídolos que compiten en nuestro corazón y han tomado un lugar supremo en nuestra vida. Quizá la seguridad, el confort, la opinión de otros, y nuestra reputación nos afectan demasiado como para dar espacio en nuestro hogar y corazón para la presencia de Dios y de otros.

Las buenas noticias son que, gracias a la obra de nuestro Señor Jesucristo, tenemos una esperanza futura de redención completa. Poseemos confianza para continuar en esta lucha de abandonar nuestros ídolos, de modo que al reconocerlos y rendirlos podamos expresar con alegría un gozoso ministerio de hospitalidad radical, en amor a Dios y en servicio a los hermanos.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

26. Revelados

“... una espada traspasará aun tu propia alma, a fin de que sean revelados los pensamientos de muchos corazones”, Lucas 2:35.

En este pasaje, que muchas veces solo consideramos en el contexto de las celebraciones navideñas, vemos a Simeón profetizar sobre María y reconocer al Salvador de la humanidad en el pequeño bebé que ella y José traían. Era un momento especial y emotivo para este anciano Simeón, un hombre piadoso y recto que tenía su esperanza puesta en “la consolación de Israel” (v. 25).

La venida del Mesías implicaba el establecimiento del Reino de Dios en este mundo, un paso muy importante en la narrativa bíblica de la redención. Jesús era aquel Siervo sufriente que vendría a vivir una vida perfecta ante los ojos de Dios para después morir en la cruz del calvario, tomando nuestro lugar, y pagar así por nuestras culpas y pecados. Él se levantaría de la tumba para confirmar la eficacia de este sacrificio. El Espíritu había revelado a Simeón que no probaría la muerte hasta ver esta grandiosa obra de amor en marcha.

En ese momento, y por la inspiración del Espíritu Santo, Simeón le dijo a María que ella también experimentaría gran dolor, y que este sufrimiento revelaría lo que había en su corazón (v. 35). Ese es el poder de la Palabra de Dios en acción, la cual “es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, y es poderosa para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb 4:12).

De la misma manera, Dios puede usar las experiencias dolorosas que traspasan nuestra alma para confrontarnos con la realidad de nuestro corazón. Quizá el medio que el Señor use para revelar nuestros pensamientos y los valores que sostienen nuestra vida, nuestra seguridad, esperanza, y hasta nuestra adoración, sea una enfermedad crítica, la pérdida inesperada de un ser querido, los sueños rotos de un fracaso financiero, o la trágica noticia de un divorcio.

El evangelio no solo nos confronta, sino que también nos consuela al recordarnos que la venida del Mesías prometido representa la intervención divina en nuestra propia historia, conectando así con los anhelos más profundos de nuestro corazón.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

27. Falta

“Jesús lo miró con amor y añadió: —Una sola cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme”, Marcos 10:21.

Vemos aquí la historia del joven rico, quien en primer lugar se acerca a Jesús refiriéndose a Él como “Maestro bueno” (v. 17). En Su respuesta Jesús le hace notar que Él mismo es Dios y que, aunque el joven se crea bueno, solo hay Uno bueno. Y es que la justicia propia y los ídolos del corazón (riquezas) tenían cegado a este joven frente a estas dos importantes realidades.

Jesús contesta a su pregunta, “qué tengo que hacer...” (v. 17), con una respuesta en “sus términos” diciéndole que “una cosa le falta”. Esto es siempre aplastante, ya que cuando vivimos por nuestra propia justicia “algo más” nos faltará. “Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres” es “soltar” aquellas cosas que atan nuestro corazón (creer que en nosotros está la respuesta: nuestros recursos materiales o propios esfuerzos).

“Luego ven y sígueme” es, por otro lado, reconocer que Jesús es la respuesta para ambas realidades, nuestro sentido de justicia propia y la autosuficiencia. Esta invitación a “venir y seguirlo” es a encontrar en Él, el descanso y la confianza en esa búsqueda de nuestra alma por seguridad, satisfacción y significado.

Solamente Dios puede obrar abriendo los ojos y nuestro corazón a esto. Las Buenas Noticias son que lo imposible para los hombres, para Dios no lo es (v. 27). Con amor, Su Espíritu nos lleva a reconocer a Jesús como Dios, como el único bueno, y por Quien somos justificados. Por último, también nos apunta a Su provisión para encontrar solo en Él la libertad de las cosas que atan nuestro corazón.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

28. Límites

“Y a Aquél que es poderoso para hacer todo mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros...”, Efesios 3:20.

He visto que muchas veces pongo límites a las expectativas que tengo de cómo Dios actuará en alguna situación de crisis o emergencia. Mi propio parecer piensa que, si pongo demasiada confianza en algo que espero que Él haga, de alguna manera “no resultará”. Eso no significa que Él no hará algo y que no contestará mi petición, sino que muchas veces la respuesta será diferente a lo que yo pedía. Sí, es mejor de lo que esperaba. Sin embargo, siempre he tenido cierta desconfianza.

Cuando era niño recuerdo sentirme con miedo e inseguridad por alguna situación peligrosa en la ciudad, de manera que oraba pidiendo que Dios nos proveyera de un transporte público para salir de esa área de conflicto lo antes posible. Recuerdo esperar, esperar, y ver que nunca llegaba la ayuda que esperaba. Mi oración parecía no ser contestada, aunque el Señor nos protegió siempre. Simplemente mi solución no era Su solución. Esta y otras experiencias no me llevaron a negar mi fe, pero sí a ser más “realista”, a mi parecer, en cuanto a qué esperar.

Ahora que soy adulto aún me quedo corto en lo que creo que Dios puede hacer en mí, a través de mí, y a pesar de mí. En mi oración prefiero “ir a la segura” y oro para que Dios se manifieste, pero con expectativas bajas de lo que Él va a hacer “por si acaso”. Así creo que protejo mi corazón de desilusiones. Después de esta incrédula oración, mi mente empieza a maquinarse una solución al problema, por mi propia cuenta y con mis propios recursos, para salir de él. En conclusión, oro rápidamente, pero me muevo, me preocupo, y trato de arreglar la situación.

¿Te ves reflejado en estas líneas? ¿Qué tal si esto revela no solo una no muy buena visión teológica de cómo Dios obra en nuestras vidas, sino también incredulidad y falta de fe? Esto es algo de lo que tú y yo tenemos que arrepentirnos continuamente.

Entender esto es una nueva oportunidad para profundizar en Su Palabra, en Su carácter, y Sus atributos, para alinear nuestro corazón, y volver a poner nuestra esperanza y confianza en Dios. Es una oportunidad para predicarnos a nosotros mismos las verdades del evangelio, de manera que anticipemos con fe y gozo lo que nuestro buen Padre Celestial tiene para nosotros. Además, es importante movernos con intencionalidad en nuestro amor y servicio a Él y a los demás, con la confianza de que fuimos “creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Ef 2:10).

Entender esto es una nueva oportunidad para profundizar en Su Palabra, en Su carácter, y Sus atributos, para alinear nuestro corazón, y volver a poner nuestra esperanza y confianza en Dios. Es una oportunidad para predicarnos a nosotros mismos las verdades del evangelio, de manera que anticipemos con fe y gozo lo que nuestro buen Padre Celestial tiene para nosotros. Además, es importante movernos con intencionalidad en nuestro amor y servicio a Él y a los demás, con la confianza de que fuimos “creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Ef 2:10).

Las buenas noticias para ti y para mí son que, gracias a lo que Cristo hizo en nuestro favor y en nuestro lugar en la cruz del Calvario, la obra que Dios está haciendo en nosotros no depende de nosotros mismos sino de Él. Nuestro Dios hará “mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros”.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

29. Tierno

“Sino que sea lo que procede de lo íntimo del corazón, con el adorno incorruptible de un espíritu tierno y sereno, lo cual es precioso delante de Dios”, 1 Pedro 3:4.

Aunque este versículo aparece en el contexto de cómo la mujer puede honrar a Dios en su matrimonio, fuera del contexto también es cierto que un espíritu tierno y sereno es precioso delante de Dios. Muchas veces la ternura no es relacionada con la hombría, con su característica valentía y fuerza. Incluso en el liderazgo espiritual muchas veces enfatizamos reflejar más la característica de asertividad que la ternura.

Sin embargo, hay algo espiritual en una persona tierna. El predicador norteamericano Jonathan Edwards decía: “Un espíritu y temperamento apacible como una oveja o paloma es la verdadera y distinguible disposición en los corazones de los cristianos”. Pablo también dice a los tesalonicenses: “Más bien demostramos ser benignos entre ustedes, como una madre que cría con ternura a sus propios hijos” (1 Ts 2:70). Y el pastor y fundador de la agencia misionera World Harvest Mission (ahora Serge) decía: “Un espíritu sereno, tierno, y gentil es realmente algo celestial”.

Esta cualidad tierna del carácter revela una identidad y serenidad interior que viene de sentirse amado y confiado en la provisión del Padre en cada situación de nuestras vidas. De ese modo nos permite transmitir paz, seguridad, y confianza a otros.

“Teniendo así un gran afecto por ustedes, nos hemos complacido en impartirles no solo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas, pues llegaron a ser muy amados para nosotros... Saben además de qué manera los exhortábamos, alentábamos e implorábamos a cada uno de ustedes, como un padre lo haría con sus propios hijos, para que anduvieran como es digno del Dios que los ha llamado a Su reino y a Su gloria”, 1 Tesalonicenses 2:8, 11-12.

Las buenas noticias para ti y para mí son que Dios, en Cristo, ha mostrado Su gracia y ternura para con nosotros. Gracias a Su obra en la cruz, en nuestro lugar y en nuestro favor, somos impulsados a crecer en esta bella cualidad espiritual. “Sean más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándose unos a otros, así como también Dios los perdonó en Cristo” (Ef 4:32).

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

30. Impíos

*“Se dispuso con los impíos Su sepultura,
Pero con el rico fue en Su muerte,
Aunque no había hecho violencia,
Ni había engaño en Su boca”, Isaías 53:9.*

Nuestro testimonio es importante ante los hombres. A través de nuestras vidas podemos reflejar la realidad de nuestras convicciones y fe. Con nuestro comportamiento podemos hablar de la diferencia que Jesús ha hecho en nosotros. Sin embargo, muchas veces creemos que esto significa ocultar nuestras debilidades y luchas, ya que sentimos que estamos “desacreditando” el nombre de Cristo.

Reconocer públicamente nuestras limitaciones, debilidades, y luchas, es reconocer nuestra humanidad y bancarrota espiritual y, precisamente, nuestra necesidad de un Salvador. Dios no solo nos salvó en Jesús de nuestra “vana manera de vivir” (1 P 1:18), sino que también nos hizo nuevas criaturas con una nueva naturaleza que busca honrarle.

Muchas veces es el miedo al hombre lo que está detrás de nuestro deseo de “proteger nuestro testimonio”. La opinión de otros llega a pesar tanto en nuestro corazón que buscamos ser percibidos como comprometidos, rectos, decentes, y buenos, convirtiendo esto en una carga sobre nuestros hombros. Nuestra reputación puede llegar a convertirse en una obsesión construida cuidadosamente por buenas obras, tornándose en una “justicia propia”.

No obstante, en los evangelios podemos ver la manera intencional y misional de vivir de Jesús. Él cruzó barreras culturales y estuvo dispuesto a poner en riesgo Su reputación para mostrar Su amor por aquellos que venía a rescatar. “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc 19:10).

Nuestro testimonio es importante, pero lo es más el vivir a la luz de Jesús, cuya opinión acerca de nosotros cuenta más a nuestro favor. Con libertad y gozo, podemos arriesgarnos a llevar el mensaje de las buenas noticias a quienes no le conocen. Jesús estuvo dispuesto a ser “contado con los transgresores” (Mr 15:28) por ti y por mí.

Las buenas noticias para nosotros son que, gracias a la obra de Cristo en nuestro lugar y a nuestro favor, nada hará que Dios nos ame más o nos ame menos. Esta realidad nos permite, con fe y confianza, ir a buscar a los perdidos, ¡con la seguridad puesta en la opinión de Aquel que nos ha recibido y aceptado por Su gracia!

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

31. Decisiones

“Miren las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y sin embargo, el Padre celestial las alimenta . ¿No son ustedes de mucho más valor que ellas?”, Mateo 6:26.

Nuestra vida está llena de pequeñas y grandes decisiones diarias que pueden llegar a ser tan abrumadoras, que existen personas que han adoptado un uniforme a vestir todos los días de manera que les permita tener una decisión menos al día. Incluso los jóvenes de hoy, al terminar sus estudios universitarios, se enfrentan a un momento de gran estrés al tener que tomar decisiones que impactarán el resto de sus vidas. Ante esta realidad, muchos simplemente se niegan a tomar decisiones, tratando de alargar su adolescencia el mayor tiempo posible.

Es inevitable tomar decisiones y evitar las consecuencias que estas puedan traer. Vivir en constante preocupación sobre cada decisión que tomamos no solo es desgastante emocionalmente, sino que puede llegar a tener mucho más peso e importancia para nosotros que Dios mismo, llevándonos a desconfiar de Su bondad, Su perfecta voluntad, y Su dirección para nosotros.

La preocupación viene cuando no rendimos nuestra vida a Dios, ya que rendirla significa rendir también nuestro derecho a tomar nuestras propias decisiones. En cambio, preferimos poner nuestra confianza funcionalmente en nosotros mismos, llevando un peso sobre nuestros hombros que no somos capaces de cargar, y esperando dormir tranquilos cada noche cuando en realidad no fuimos creados para llevar nuestras propias cargas.

Las buenas noticias para ti y para mí son que, gracias a la obra de nuestro Señor Jesucristo en nuestro lugar y en nuestro favor, podemos experimentar la liberadora realidad de confiar en que la gracia de nuestro Padre Celestial continúa obrando en nosotros a pesar de nuestras buenas o malas decisiones. Dios nos invita a rendir nuestras vidas y decisiones a Él en arrepentimiento continuo, quién es el Creador que tiene control de todo.

Piensa en esto y encuentra tu descanso en Él.

Sobre el autor

Juan Marcos Gómez tiene una licenciatura en comunicaciones de Toccoa Falls College (Estados Unidos) y ha colaborado en iniciativas de ministerios como Radio Moody en Chicago y Ministerios Reforma, entre otros. Fue parte del staff pastoral de la Iglesia del Pueblo en West Chicago por 17 años. Actualmente vive en España con su esposa Becky y su hijo Ian. Juntos colaboran con la agencia misionera Serge, buscando compartir el evangelio alrededor del mundo. Puedes encontrarlo en Twitter como @jmarcosgomez.



WWW.COALICIONPORELEVANGELIO.ORG